

EL CREPUSCULO.

PERIODICO LITERARIO Y CIENTIFICO.

N.º 6.

Santiago, 1º de octubre de 1843.

SUMARIO.

Filosofia, artículo cuarto.—Sara en el baño, imitacion de Victor Hugo.— ¡¡ Lo que somos !! — La oracion por todos.

FILOSOFIA.

Artículo cuarto.

Percepciones sensitivas internas.

Nuestro cuerpo (y consiguientemente los demas cuerpos animados a causa de la semejanza que concebimos entre aquel y éstos,) no nos es conocido solamente por el tacto y por los sentidos auxiliares del tacto. Las percepciones, ya del bienestar o placer, ya de la incomodidad, desazon o dolor, que atribuimos a varias partes de la maquina que animamos o a

neados e iluminados con primor, yo les tengo algun cariño y no quiero pintarlos con mi brocha; otro dia tomaré el pincel y los pondré de azul y plata, basta de maldecir por ahora, aunque en verdad siento que mis maldiciones vayan atraer otras mas recias sobre Ustedes señores del *Crepúsculo*, que no tienen arte ni parte en las confecciones de. S. S. S.

Ortiga.

LA ORACION POR TODOS.

(Imitacion de Victor Hugo.)

I.

Ve a rezar, hija mia. Ya es la hora
 De la conciencia y del pensar profundo:
 Cesó el trabajo afanador, y al mundo
 La sombra va a colgar su pabellon.
 Sacude el polvo el árbol del camino,
 Al soplo de la noche; y en el suelto
 Manto de la sutil neblina envuelto,
 Se ve temblar el viejo torreón.

Mira! su rueda de cambiante nácar
 El occidente mas y mas angosta;
 Y enciende sobre el cerro de la costa
 El astro de la tarde su fanal.

Para la pobre cena aderezado
 Brilla el albergue rústico, y la tarda
 Vuelta del labrador la esposa aguarda
 Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
 Uno tras otro fúljido diamante;
 Y ya apenas de un carro vacilante
 Se oye a distancia el desigual rumor.
 Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
 Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
 Y a los destellos últimos del dia

Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda jime; el viento
 En la arboleda, el pájaro en el nido,
 Y la oveja en su trémulo balido,
 Y el arroyuelo en su correr fugaz.
 El día es para el mal y los afanes:
 Hé aquí la noche plácida y serena!
 El hombre tras la cuita y la faena
 Quiere descanso y oracion y paz.

Sonó en la torre la señal : los niños
 Conversan con espíritus alados;
 Y los ojos al cielo levantados,
 Invocan de rodillas al Señor.
 Las manos juntas, y los piés desnudos,
 Fé en el pecho, alegría en el semblante,
 Con una misma voz, a un mismo instante,
 Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormiran; y en leda tropa
 Sobre su cama volarán ensueños,
 Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
 Visiones que imitar no osó el pincel.
 Y ya sobre la tersa frente posan,
 Ya beben el aliento a las vermejas
 Bocas, como lo chupan las abejas
 A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
 Esconde su cabeza la avecilla,
 Tal la niñez en su oracion sencilla
 Adormece su mente virjinal.

¡Oh dulce devocion, que reza y rie!
 ¡De natural piedad primer aviso!
 ¡Fragancia de la flor del paraíso!
 ¡Preludio del concierto celestial!

II.

Ve a rezar, hija mia. Y ante todo
 Ruega a Dios por tu madre; por aquella
 Que te dió el ser, y la mitad mas bella
 De su existencia ha vinculado en él.
 Que en su seno hospedó tu joven alma,

De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.

A muchos compasion, a nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean
A tí jamasl.. los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza a la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo, y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oiras un día
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda, a los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que a la gloria
Guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataud.

La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mia, a rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste;
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza; eres Bondad; perdon!"

Y Dios te oirá; que cual del ara santa
 Sube el humo a la cúpula eminente,
 Sube del pecho cándido, inocente,
 Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende a su fin : a la luz pura
 Del sol, la planta; el cervatillo atado,
 A la libre montaña; el desterrado,
 Al caro suelo que le vió nacer.

Y la abejilla, en el frondoso valle,
 De los nuevos tomillos al aroma;
 Y la oracion en alas de paloma
 A la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
 Soi como el fatigado peregrino,
 Que su carga a la orilla del camino
 Deposita, y se sienta a respirar.

Porque de tu plegaria el dulce canto
 Alivia el peso a mi existencia amarga,
 Y quita de mis hombros esta carga,
 Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
 En esta noche de pavor, el vuelo
 De un ángel compasivo, que del cielo
 Traiga a mis ojos la perdida luz.

Y pura finalmente, como el mármol
 Que se lava en el templo cada dia,
 Arda en sagrado fuego el alma mia,
 Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
 Los que contigo crecieron,
 Y un mismo seno exprimieron,
 Y un mismo techo abrigó.

Ni por los que te amen solo
 El favor del cielo implores:
 Por justos y pecadores
 Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
 Que ufano se pavonea,

Y en su dorada librea
 Funda insensata altivez.
 Y por el mendigo humilde
 Que sufre el ceño mezquino
 De los que beben el vino
 Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
 Sumido en profundo cieno,
 Hae ahullar el canto obsceno
 De nocturno bacanal.
 Y por la velada vírjen
 Que en su solitario lecho
 Con la mano hiriendo el pecho,
 Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
 En cuyo pecho no vibra
 Una simpática fibra
 Al pesar y a la afliccion.
 Que no da sustento al hambre,
 Ni a la desnudez vestido,
 Ni da la mano al caido,
 Ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
 Su puñal de sangre rojo,
 Buscando el rico despojo,
 O la venganza cruel.
 Y por el que en vil libelo
 Destroza una fama pura,
 Y en la aleva mordedura
 Escupe asquerosa hiel.

Por el que sulca animoso
 La mar, de peligros llena;
 Por el que arrastra cadena,
 Y por su duro señor.
 Por la razon que leyendo
 En el gran libro, vijila;
 Por la razon que vacila;
 Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos

Los que penan y trabajan;
 Y de todos los que viajan
 Por esta vida mortal.
 Acuérdate aun del malvado
 Que a Dios blasfemando irrita.
 La oracion es infinita:
 Nada agota su caudal.

IV.

Hija!, reza tambien por los que cubre
 La soporosa piedra de la tumba,
 Profunda sima adonde se derrumba
 La turba de los hombres mil a mil:
 Abismo en que se mezcla polvo a polvo,
 Y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
 De que al añoso bosque abril despoja,
 Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
 Donde segada en flor yace mi Lola,
 Coronada de anjélica aureola;
 Do helado duerme cuanto fué mortal
 Donde cautivas almas piden preces
 Que las restauren a su ser primero,
 Y purguen las reliquias del grosero
 Vaso, que las contuvo, terrenal,

Hija! cuando tú duermes, te sonries,
 Y cien apariciones peregrinas,
 Sacuden retozando tus cortinas;
 Travieso enjambre, alegre, volador.
 Y otra vez a la luz abres los ojos,
 Al mismo tiempo que la aurora hermosa
 Abre tambien sus párpados de rosa,
 Y da a la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas!... si supieras
 Qué sueño duermen!... su almohada es fria;
 Duro su lecho; anjélica armonía
 No regocija nunca su prision.
 No es reposo el sopor que las abrumba;
 Para su noche no hai albor temprano;
 Y la conciencia, velador gusano,
 Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
 Hará que gozen pasajero alivio,
 Y que de luz celeste un rayo tibio
 Logre a su oscura estancia penetrar;
 Que el atormentador remordimiento
 Una tregua a sus víctimas conceda,
 Y del aire, y el agua, y la arboleda,
 Oigan el apacible susurrar.

Quando en el campo con pavor secreto
 La sombra ves, que de los cielos baja,
 La nieve que las cumbres amortaja,
 Y del ocaso el tinte carmesí;
 ¿En las quejas del aura y de la fuente
 No te parece que una voz retiña,
 Una doliente voz que dice: "niña,
 Cuando tu rezes, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
 Que oraciones alcanzan, no escarnece
 El rebelado arcánjel, y florece
 Sobre su tumba perennal tapiz.
 Mas ay! A los que yacen olvidados
 Cubre perpetuo horror; hierbas estrañas
 Ciegan su sepultura; a sus entrañas
 Arbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia)
 Huesped seré de la morada oscura,
 Y el ruego invocaré de un alma pura,
 Que a mi largo penar consuelo dé.
 Y dulce entonces me será que vengas
 Y para mí la eterna paz implores,
 Y en la desnuda losa esparzas flores,
 Simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
 Si disipadas fueron una a una
 Las que mecieron tu mullida cuna
 Esperanzas de alegre porvenir?
 Sí, le perdonarás; y mi memoria
 Te arrancará una lágrima, un suspiro
 Que llegue hasta mi lóbrego retiro
 Y haga mi helado polvo rebullir.

A. B.